

obra mortífera, parecía que un acto de violencia puso fin á los días de Rothsay. La escalera secreta que daba paso al calabozo, cuyas llaves colgaban de la cintura del asesino subalterno; — la situación de este calabozo; — la hendidura del muro cerca del monton de ruinas; — el miserable camastro de paja, y las cadenas que habían quedado allí, eran otras tantas pruebas de la verdad en favor de las declaraciones de Catalina y de Luisa.

— No vacilaremos un momento, dijo Douglas á su pariente cercano, lor Balveny, luego que hubieron salido del calabozo. ¡Que traigan á los asesinos y los ahorquen de lo alto de la torre!

— Pero, milor, siempre seria conducente observar alguna forma de juicio, respondió Balveny.

— ¿Para qué? dijo Douglas. Los he cogido con las manos en la masa, y yo puedo hacerme cargo de ordenar su ejecucion. — Veamos por un momento. — ¿No hay entre nuestra tropa algunos hombres de Jedwood?

— No nos faltan ni Turnbells, ni Ruther-

fords, ni Ainslies, etc.; respondió lor Balveny.

— Y bien, replicó el conde, encargadles que hagan una sumaria. Son hombres de lealtad conocida, brava gente, á excepcion de que hacen un poco de todo para vivir. Haz ahorcar á esos malvados, en tanto que yo formo un tribunal de justicia en la sala grande, y veremos quien acaba antes, si el jurado ú el mariscal preboste. — Haremos justicia á la Jedwood: ¡Ahorca de prisa y juzga despacio!

— Oidme un instante, milor, exclamó Ramorny. Podreis arrepentiros de vuestra precipitacion. — ¿Me permitís deciros una palabra en particular?

— No por el mundo entero, exclamó Douglas. Di en alta voz lo que tengas que decir, y á presencia de cuantos están aqui.

— Sabed pues todos, dijo Ramorny, en alta voz que este noble conde había recibido del duque de Albany, y de mi parte, por mano de este traidor, de este cobarde Bunclé, — niéguelo si puede, — cartas aconsejando separar por algun tiempo de la corte al duque de Roth-

say, y tenerle retirado en este castillo de Falkland.

— Pero no decian esas cartas una palabra en cuanto á ponerle en un calabozo; — de hacerle morir de hambre, — de ahogarle; replicó Douglas con una sonrisa grave. — Lleva pronto á esos malvados, Balveny; bastante han infectado ya el aire que Dios nos concede respirar.

Condujeron los presos á lo alto de la torre. Pero en tanto que se preparaba lo necesario para la ejecucion, el boticario expresó un deseo tan vehemente, para el bien de su alma, decia él, de volver á ver á Catalina, que ella consintió en subir á la plataforma, y presentiar una escena, contra la cual su corazon se resistia; pero se resolvió á ello con la esperanza de que la dureza de Dwining habia dado lugar á otros mejores sentimientos al ver se acercaba el fin de su vida. Una sola mirada le hizo ver á Bonthron sumergido en el letargo mas completo que la embriaguez pudiera causar; Ramorny despojado de su armadura, buscando en vano el ocultar su temor, y conversando

con un clérigo, cuyo socorro habia él pedido; y Dwining, con el mismo aire de humildad baja y rastrera con que siempre le habia conocido. Tenia en la mano una plumita de plata, con la que acababa de escribir algunas palabras en un pergamino.

— Catalina, dijo él, yo deseo... ¡eh! ¡eh! ¡eh!... hablaros de la especie de mi fe religiosa.

— Si tal es vuestro deseo, ¿por qué perder conmigo estos instantes tan preciosos? — Hablad con ese buen padre.

— Ese buen padre es ya .... ¡eh! ¡eh! ¡eh!.... un adorador de la divinidad, á quien yo he servido. Yo quiero pues que tenga el altar de mi ídolo una nueva adoradora en vos, Catalina. Este escrito os dirá del modo que podeis entrar en mi capilla, donde tantas veces he ofrecido yo mis homenajes con seguridad al Dios que yo me he formado. Os dejo á título de legados todas las imágenes que hay en él solamente porque os aborrezco y desprecio algo menos que á esas miserables y absurdas criaturas, á quienes he tenido por fuerza que llamar mis semejantes. — Y ahora, retiraos, ó

mas bien quedaos , y vereis como el fin del charlatan no desmiente á su vida.

— ¡No lo permita Nuestra Señoral dijo Catalina.

— Ahora no tengo mas que decir , replicó Dwining , sino una sola palabra , y este noble lor puede oírla si bien le parece.

Lor Balveny se acercó llevado de curiosidad , porque en el aire de resolucion decidida de un hombre que jamás habia manejado la espada , ni llevado armadura , y que no era en su exterior mas que un pobrecillo enano flaco y asqueroso , se le figuraba haber algo de hechicería. Ven vms. este instrumentillo , dijo el boticario , mostrando la pluma de plata ; pues bien el solo puede darme un medio de librarme del poder de Douglas el Negro en persona.

— No le deis tinta ni pergamino , porque seria capaz de escribir un encanto , dijo apresurado Balveny.

— ¡Eh! ¡eh! ¡eh!... que no es eso , no lo lleve á mal Vuestra Sabiduría y Vuestra Valentía , dijo Dwining separando la parte superior de la pluma de la otra parte que formaba como un

estuche muy pequeño , del que tomó una cosa como si fuera esponja , ó una sustancia tal , pero que no excedia lo grueso de un guisante. Ahora , pues , ¡ atiendan vms. si gustan!...

Hizo pasar á sus labios lo que acababa de tomar. El efecto fué instantaneo. Cayó , y ya era cadaver ; pero sus facciones aun expresaban una ironía depresiva.

Catalina dió un grito y se bajó corriendo por no presenciarse tan horrible espectáculo. Lor Balveny se quedó un momento como abismado por la sorpresa , pero despues exclamó :

— ¡ Esto puede ser magia ! ¡ ahorcadle ! muerto ú vivo ; ¡ ahorcadle ! Si su alma infame no se ha retirado mas que por cierto tiempo , que no halle cuando vuelva sino un cuello desnucado.

Cumplióse la orden y en seguida dióla de proceder á la ejecucion de Bonthron y de Ramorny. Ahorcaron al primero , sin que pudiera conocer lo que con él hacian. Ramorny , pálido como la muerte , pero conservando el mismo aire orgulloso que habia producido su ruina , hizo valer su rango de caballero , y reclamó el

privilegio de morir degollado y no ahorcado.

— Douglas no varia jamás su sentencia una vez pronunciada, respondió Balveny. Sin embargo se respetarán los privilegios. Que venga el cocinero y traiga la cuchilla del tajo.

El cocinero tardó poco en presentarse á sus órdenes.

— ¿Por qué tiembas tú? pícaro! dijo Ior Balveny. Rompe con tu cuchilla las espuelas doradas que tiene ese hombre á los talones. — ¡Bien! ahora, John Ramorny, tú no eres ya caballero, ya eres un plebeyo, y puedes hacer muy bien un papel en la horca. — Mariscal preboste, colgadle entre sus dos compañeros, y mas alto que ellos si es posible.

Un cuarto de hora despues fué Balveny á informar á Douglas de que ya estaban ejecutados los criminales.

— En este caso, ya no es necesario el juicio, respondió el conde. Pero, ¿qué dicen los señores jurados? ¿éstos tres hombres eran criminales de alta traicion; — ¿si ó no?

— Criminales, respondieron los jurados ob-

sequiosos con una uniformidad edificante; no necesitamos otras pruebas.

— Que toquen á montar, dijo Douglas, y pongámonos á caballo. Llevaremos una corta comitiva. Que guarden todos silencio sobre lo que ha pasado aquí, hasta que el rey se halle informado, lo que no puede ser hasta despues del combate del domingo de Ramos. Lor Balveny, escoged los hombres que han de acompañarnos, y prevenidles así como á los que se queden aquí que si alguno charlare se le castigará de muerte.

Algunos minutos despues Douglas estaba ya puesto á caballo con la comitiva que debia seguirle. Envió un expreso á su hija, la duquesa viuda de Rothsay, para advertirla volviese á Perth, siguiendo las costas de Lochleven, sin acercarse á Falkland, y puso bajo su cuidado á Catalina Glover y á Luisa, como dos personas, en cuya seguridad se interesaba él mismo.

Al tiempo que atravesaban la floresta echaron una ojeada para atrás, y vieron los tres cuerpos de los criminales que no parecían mas

que tres motas negras en la torre mas alta del castillo.

— Ya está castigada la mano que cometió este atentado, pero ¿quién castigará la cabeza que le concibió?

— ¿Quereis decir el duque de Albany? dijo Balveny.

— Si, mi querido pariente, respondió Douglas, y si yo siguiera el impulso de mi corazón, yo le acusaría de este crimen; porque yo no dudo de que él le haya autorizado. Pero no hay otras pruebas sino sospechas vehementes, y Albany se ha hecho con los muchos amigos de la casa de Estuardo; y en realidad, la debilidad del rey con lo desordenado de la conducta de Rothsay no les permitian la eleccion de otro gefe. Si tratara yo de disolver los vínculos que acabo de formar con Albany, resultaria una guerra civil, que seria la ruina de la pobre Escocia, en un momento en que se ve amenazada con una invasion por la actividad de Percy apoyado por la traicion de March. No, Balveny, es necesario dejar al Cielo el cuidado de casti-

gar á Albany; y en el tiempo escogido por su sabiduría será estrepitosa su venganza sobre él y sobre su casa.